

DÉFICIT DEL RASCACIELOS

*El arquitecto Alberto Sartoris ha publicado su libro *Ordre et climat américains*, de la "Enciclopedia de la nueva arquitectura" (Editorial Hoepli, Milán), del que transcribimos el capítulo que dedica a los rascacielos. Este libro, verdaderamente importante, tiene para los españoles un motivo de especial agradecimiento por el estudio que dedica a la arquitectura española en América, serio, concienzudo y lleno de especial afecto a la labor de nuestros antepasados.*



A mayoría de los rascacielos envejecen y envejecerán rápidamente. No son obras considerables por su masa y su magnificencia, sino viviendas desproporcionadas, que no tienen de modernas más que sus orgullosas pretensiones. No son obras fabulosas, legendarias, sino, por el contrario, vacíos colosos contruidos por gnomos. Todo en ellos es estático, inmutable, sin sorpresas. Como las ciudades que ensombrecen, no están sujetos a las transformaciones necesarias y racionales que trae consigo el paso del tiempo. Gio Ponti ha tenido razón al proclamar que un rascacielos viejo es más viejo que la basílica de San Pedro, porque San Pedro, a la manera de Roma, ha sido hecho y rehecho.

Sin género de duda, su rápida decrepitud proviene del hecho que el rascacielos norteamericano no representa, por el momento, más que una grandiosidad técnica de valores transitorios y no una grandiosidad ética de valores no perdurables, como los monumentos.

Afirmando que un viejo rascacielos se pasa de moda tan rápidamente como un vehículo a motor, y que constituye una antigüedad paradójicamente en actividad de servicio, Ponti ha puesto el dedo en la llaga.

Además, como ha hecho notar Guido Piovene, los rascacielos norteamericanos no han sido contruidos a la escala de las ideas gigantes, a la talla de la idea de Dios, de la idea de eternidad, de la idea de una voluntad humana coordinadora. En su forma actual no pueden rivalizar ni con las pirámides de Egipto, los tocallis mejicanos, los grandes santuarios romanos, las inmensas iglesias góticas o la soberbia nave sin pilares interiores ni arbotantes exteriores de la catedral de Gerona.

Grandes edificios concebidos como abrigo, no pertenecen todavía a la amplitud creadora y a la categoría de las invenciones de un Leonardo da Vinci, de un Alejandro Antonelli, de un Antonio Gaudí o de un Antonio Sant'Elia: los *skyscrapers* no son todavía las catedrales de nuestros días.

No todo es rechazable, naturalmente, en el rascacielos de más allá del Atlántico. Lo que ocurre es que el modernismo americano no se presta fácilmente a lo colosal. Lo mismo que las estaciones de ferrocarril en estilo chino o japonés no reflejan el porvenir de la construcción, el frigorífico, los juegos de luces, la radio, la televisión, las máquinas que todo lo hacen, los aparatos de calefacción, de ventilación, de escamoteo de las camas en las paredes, no son conquistas de la nueva

arquitectura. No representan más que una excelente contribución al progreso técnico y a las comodidades del hombre.

Con los precios de alquileres, que aumentan a medida que el edificio va siendo más alto; un entretenimiento oneroso, que impide desafiar la eternidad; una constante puesta a punto para evitar que, al cabo de treinta años, sea un órgano muerto; con su infinidad de ventanas reducidas, que no dan vista más que a otra infinidad de huecos semejantes; su multitud de pequeñas piezas anónimas repartidas en un plan caótico, al que no anima ninguna exigencia cultural o moral; sus kilómetros de pasillos, servidos por ansiosos ascensores..., el rascacielos resume la inconsecuencia.

El rascacielos moderno no se puede concebir más que formando parte de un preestablecido plan regulador de urbanismo, trazado según el orden humano y no según el azar de las conveniencias. El rascacielos no revela su necesidad arquitectónica y racional más que en la ordenación general de la ciudad y en su plan de conjunto.

Existen en toda tendencia arquitectónica los sucesos que se producen regularmente y aquellos que son imprevistos. En la arquitectura y el urbanismo nuevos, como en los de épocas anteriores, el constructor perspicaz no separa jamás su obra de la historia del arte y de la historia de las ideas. Puede ser que la validez de esta vista de conjunto se presente más necesaria cuando se trate de un período tan atormentado y contradictorio como el que ahora vivimos. Se nota, en efecto, que en esta época los planos y dibujos de monumentos o edificios de gran altura, no ejecutados, tienen mayor importancia que antes. Y esto modifica ciertas ideas sobre ventajas y defectos en la concepción del rascacielos.

Felizmente estamos lejos de las banales utopías de un superrascacielos romántico, que jamás respondió a los gustos de nuestro tiempo.

Cuando verdaderamente se cree en la verdad que se profesa, cuando a la vez se es intransigente y tolerante (intransigente en cuanto a la finalidad ideal que hay que conseguir y tolerante en cuanto a la naturaleza de la empresa y a los medios a adoptar, puesto que la intolerancia revela siempre un fondo de escepticismo o de ignorancia), se tiene confianza en la fuerza de esta verdad y se deja que recorra su camino por sus propias virtudes. Hay que abstenerse, pues, de imponer brutalmente la construcción en altura allí donde no sea recomendable o según una receta estética.

Pero qué no se deduzca de esto que la teoría del rascacielos es condenable. Realizado, por el momento, casi exclusivamente en la arquitectura de los Estados Unidos, lo cierto es que no ha ofrecido siempre un sentido agudo de formas plásticas apropiado a su verdadero destino.

Si hasta ahora ha sido una refutación casi total a la cultura y al humanismo mediterráneos, a la lección de estos pueblos, que fueron los primeros en presentarse sobre la escena de la historia de la civilización, no es por ello defendible. Para sobrevivir y entrar en el concepto del progreso absoluto, debe plegarse a las reglas de la arquitectura funcional.

Rico de medios, pero pobre de intenciones, el rascacielos norteamericano no tiene actualmente más que el mérito de su altura. La arquitectura americana ha fallado en sus fines, porque la nota dominante de estos edificios no ha sido siempre la finura, porque las posibilidades sin límite no llevaban ningún control de selección, porque el crecimiento o la multiplicación pura y simple, en su forma más elemental, hacía tabla rasa de los sentimientos estéticos. Con un desdichado empleo de las técnicas modernas, el *skyscraper* ha desacreditado a un sector de la arquitectura nueva.

El halago a la parte fácil de la complacencia material le ha alejado de lo que constituye el carácter esencial de la arquitectura moderna: la búsqueda de la sinceridad y la verdad. Sin embargo, parece que hoy se abre una era de investigación en los problemas de la pureza arquitectónica en un ambiente menos obsesionado por los compromisos y el *camouflage*. Obras medidas y sin fasto, como el Instituto de Experiencias Metalúrgicas de Chicago, de Mies van der Rohe, o la Caja de Ahorros de Portland, de Belluschi, despojan a la arquitectura de sus máscaras. Una auténtica verdad humana no se esconde ya detrás de una personalidad prestada.

Considerando la teoría mediterránea del arte, la teoría de la continuidad, debemos admitir que la nueva arquitectura de América, como la de todas partes, no debe

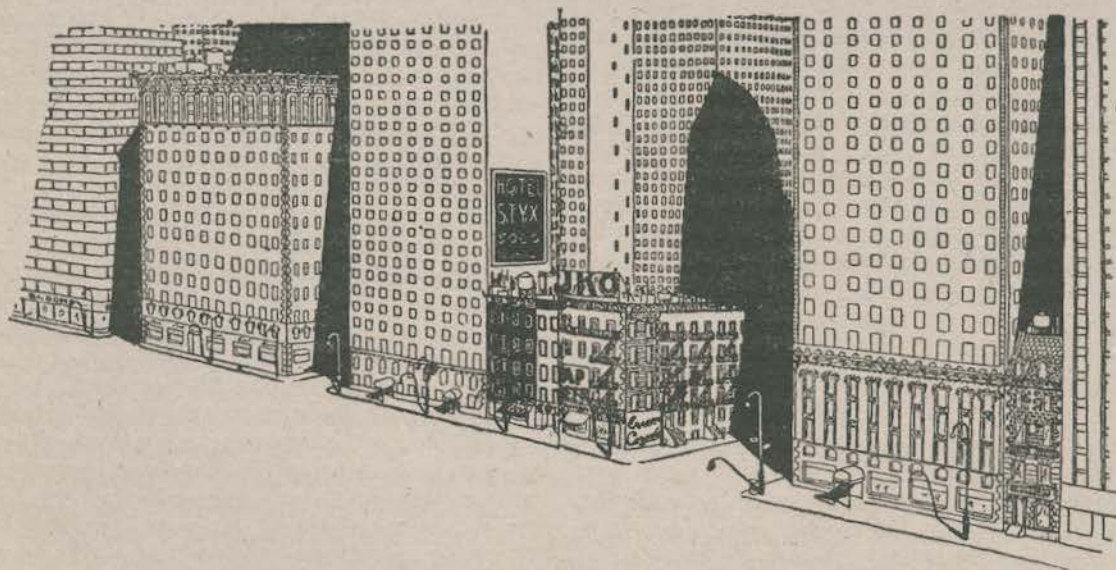
integrar las funciones de una comunidad mundial planificada, sino responder a las necesidades particulares de los diversos grupos humanos y salvaguardar el prestigio individual del hombre.

Toda gran civilización y, por consiguiente, toda gran arquitectura se han caracterizado por la adaptación de los diversos grupos sociales independientes a las formas interiores y exteriores de la casa y de la ciudad consideradas como entidades.

Hasta ahora, en América del Norte la arquitectura ha evolucionado principalmente en el sentido de un pragmatismo inmediato, donde todo ha sido función del materialismo y de lo cotidiano. Por una curiosa aberración, queriendo organizar unidades homogéneas y edificios unitarios, la construcción no ha salido más que raramente de los caminos trazados por los precursores. Demasiado a menudo ha hecho edificios muertos para seres vivos. Aunque orientados hacia las innovaciones, tanto la arquitectura como el urbanismo no han trabajado más que con instrumentos conservadores. *Estandardizando*, ha omitido a menudo determinar los nuevos modelos de la belleza.

No se ha dado cuenta del peligro que corren aquellos conceptos, que debían ser intangibles, como los derechos de la estética, que ha relegado a un terreno perecedero según la moda de los tiempos. No ha estimado siempre que cada elemento arquitectónico y cada parte de una estructura vista deben ser creados con un objetivo preciso, y no solamente establecidos bajo el aspecto que puede proporcionar una lente de aumento.

Promulgando las leyes de los edificios de altura, no ha sabido separarse de su romanticismo de pionero, y así construyó rascacielos griegos, romanos y góticos. Ridículamente ha coronado al *skyscraper*, este rey de la arquitectura moderna, con una corona sin gloria.



Atardecer en Nueva York.
Dibujo de Osbert Lancaster.
(Cortesía del autor.)